

RESEÑAS

sona, que a su vez se afirma como una condición de sentido del propio uso del lenguaje, volviendo de algún modo al esquematismo argumental kantiano; 4) Algo similar ocurre con la conexión que Nagel establece entre la metafísica de la objetividad y la antropología trascendental; 5) Se justifica así la *voluntad de forma* característica de la vida humana, tanto en un plano individual como colectivo; 6) Se aclara en este contexto el significado de algunos términos filosóficos, como son el discurso, lo trascendental, las formas de vida o los procesos de identidad colectiva.

Para concluir una reflexión crítica. Si la antropología filosófica es un presupuesto de las éticas discursivas parece que deberían poder aportar algún criterio de objetividad y de prueba, que deberían afirmarse como condición de sentido de la realización del propio discurso racional, sin quedar ya a merced de las reglas del propio discurso o del acuerdo entre las partes. En este sentido cabe preguntarse, ¿realmente ahora se han tenido en cuenta todas nociones afectadas por estos procesos de fundamentación última o debería ampliarse este proceso a otras nociones igualmente básicas, como son la noción de derecho natural, de argumentación natural o de verdad lógica? Sin duda Apel y Niquet han iniciado un proceso muy prometedor, que posteriormente también ha sido proseguido de algún modo por Habermas, aunque todavía les quedan muchos pasos por dar.

Carlos Ortiz de Landázuri

ARANGUREN, Javier: *Antropología filosófica. Una reflexión sobre el carácter excéntrico de lo humano*, McGrawHill, Madrid, 2003, 287 pp.

La reciente publicación sigue a otro escrito del autor sobre esta materia: *El lugar del hombre en el universo. "Anima forma corporis" en Santo Tomás de Aquino*, Eunsa, Pamplona, 1997. Cuenta con un *Prólogo* de Alejandro Llano, una *Introducción*, ocho *Capítulos*, la *Bibliografía* final y dos *Índices*, uno onomástico y otro analítico, en el que aparecen bastantes referencias para entender el significado que el autor da al término *excéntrico*. Aporta algunas citas en el texto y ninguna referencia a pié de página. Se aprecia cierto manejo de la antropología clásica (Platón, Aristóteles, San Agustín, Sto. Tomás, etc.), de la propia del s. XX (H. Arendt, M. Buber, A. Gehlen, R. Guardini, M. Heidegger, P. Levi, E. Levinas, W. Pannenberg, J. Pieper, L. Polo, J. Marías, A. Millán

RESEÑAS

Puelles, R. Spaemann, K. Wojtyła, etc.), y de la actual (J. Choza, A. MacIntire, M. Sella, Ch. Taylor, R. Yepes, etc.).

En cuanto al contenido de los capítulos, el primero —*Las pretensiones de la filosofía*— busca presentar al lector en qué consiste hacer filosofía. La respuesta es que, ante todo, es una *vivencia*, que antropológicamente en este primer tema se presenta preguntando acerca de qué somos, de dónde venimos y a dónde vamos, intentando superar el perspectivismo con un saber filosófico integrador. El segundo capítulo —*Vivir, sentir: los grados de vida*— presenta, de modo clásico, la noción de vida y los grados de ésta. Se explican las nociones clásicas de sustancia (materia y forma), accidentes, lo vivo, lo inerte, y las propiedades de lo vivo: el automovimiento, la inmanencia, el perfeccionamiento, la unidad. También la noción de alma como principio vital, y los grados de la vida: vegetativa, sensitiva e intelectual. Se describen los sentidos externos y los internos, así como el conocimiento instintivo animal. El capítulo tercero —*Rasgos diferenciales de lo humano*— busca lo distintivo (*excentricidad*) del cuerpo humano respecto del de los demás seres. El cuarto, —*Conocimiento y verdad*— habla de la apertura del hombre a lo real. Describe al conocimiento al modo clásico aristotélico como acto perfecto que es posesivo de una forma inmaterial que es intencional respecto de lo real. Se pregunta por la posibilidad de alcanzar la verdad, y describe las diversas actitudes subjetivas posibles frente a ella. Atiende a las dos facetas cognoscitivas de la inteligencia: la teórica y la práctica. Al término del capítulo, sale al paso de diversos errores noéticos tales como el escepticismo, el fanatismo, etc.

El quinto capítulo —*La vida como ornamento: la dimensión sentimental*— parece especialmente grato al autor, pues describe el campo de los sentimientos como “el más propio del existir humano”, a tenor de entenderlo como “horizonte y confín entre animales y espíritus”. Corrige tanto los errores sentimentales por defecto del estoicismo y rigorismo, como los excesos propios de la superficialidad del sentimentalismo, el infantilismo, etc. Ofrece, frente a los usuales sentimientos provocados por la prisa, el ser señor; frente a los que provoca el éxito, la ironía o el arte de no tomarse demasiado en serio; frente a los que provoca el ruido, el silencio de quien contempla. Al exponer la necesidad humana de adquirir sentido apela a la *virtud*, y explica algunas de las más centrales. El autor ya ha estudiado la virtud de la fortaleza, especialmente necesaria para nuestra sociedad, en su publicación: *Resistir en el bien. Razones de la virtud de la fortaleza en Santo Tomás de Aquino*, Pamplona, Eunsa, 2000.

RESEÑAS

El sexto capítulo, —*Personas. Una reflexión sobre la esencia del amor*— en el que sigue especialmente a Levinas y Spaemann, busca adentrarse en el corazón humano. En este apartado se afrontan los puntos más centrales: la libertad, la verdad personal, las relaciones interpersonales, etc. El séptimo —*La intimidad, la casa y la familia*— se centra en la convivencia humana, descrita fenomenológicamente, pero con lenguaje sencillo, pues trata de temas tan usuales como la hipocresía y la confianza, la vergüenza y el pudor, del habitar y de problemas familiares como el divorcio; aunque también aborda temas de mucho más calado tales como el nombre personal, la intimidad, etc. El octavo —*La felicidad, ¿posible?*— es para el autor de “talante ético”. Para otros pensadores, en cambio, la felicidad desborda la ética. No es manifestativa sino *trascendental*, es decir, afecta al núcleo personal humano, y no sólo de la perfección intrínseca que adquieren las facultades superiores del hombre (inteligencia y voluntad) al actuar. Aranguren busca en este punto el origen del hombre, su destino, el sentido de la temporalidad humana, la muerte, lo inmortal, y lo que con palabras de Llano se puede llamar una “vida lograda”. Repasa el contenido del ideal clásico de “vida buena”, y termina con la apertura del hombre a la eternidad. Sin embargo, en cuanto a describir la vida con la expresión “vida lograda”, se puede proponer la descripción, tal vez más ajustada de L. Polo, que es de significado contrapuesto, a saber, “cualquier éxito es prematuro”. En efecto, la vida humana no es susceptible de culminación intrahistórica. Decir que se logra culminar perfectamente la vida, aunque sea parcialmente, en la presente situación, supone —aunque sólo parcialmente— poner la meta donde no debe estar, pues el sentido completo de la vida está más allá de la vida, y sólo desde aquel hontanar se dota de sentido a este horizonte.

El texto de Javier Aranguren, como se nos advierte en el *Prólogo*, “puede ser leído por cualquier persona culta” y es apto para estudiantes universitarios. La razón de ello estiba en la pasión del autor por la literatura. Además se puede leer (merced al talante del autor) a modo de *diálogo*. De ahí el carácter *vital* de su pensamiento. El enfoque busca el carácter distintivo del ser humano, es decir, lo que el autor llama *excentricidad*. El temario responde, como se declara en la *Introducción*, a la corrección de apuntes de clase empleados para impartir la materia de antropología a alumnos universitarios de diversas facultades durante algunos años. El texto sobreabunda en ejemplos tomados de la amplia gama de la cultura humana: literatura, cine, ciencia, historia, artes plásticas, y,

RESEÑAS

por supuesto, de los libros centrales de los filósofos más clásicos. No es una obra especializada, sino más bien de introducción a la antropología.

Juan Fernando Sellés

BURGOS, Juan Manuel: *Antropología: una guía para la existencia*, Palabra, Madrid, 2003, 423 pp.

Este libro, de redacción descriptiva, está escrito a modo de *manual* — como advierte López Quintás en el *Prólogo*—. Es de enfoque personalista. Continúa el precedente libro histórico– filosófico del autor: *El personalismo. Temas y autores de una filosofía nueva*, Palabra, Madrid, 2000.

Consta de una *Introducción*, y cinco partes. Añade una *Bibliografía* y un *Índice analítico*. Se percibe un buen manejo de las antropologías del s. XX (Heidegger, Jaspers, Marcel, Maritain, Buber, Levinas, Hildebrand, Arendt, Mounier, Mouroux, Guardini, Wojtyla, Marías, Millán Puelles, Spaemann, Zubiri, Polo, etc.), así como de las recientes publicaciones sobre el tema (Butiglione, Castilla, Choza, Díaz, Ferrer, García Cuadrado, Lorda, Melendo, Morey, Russo, Valverde, Yepes, etc.).

La Primera Parte, *La persona: hombre y mujer*, consta de un único capítulo: *La persona: dignidad y misterio*. Repasa la noción de *persona* a través de la historia del pensamiento; declara la dificultad de responder a qué significa ser persona; ofrece las siguientes notas descriptivas: *sustancialidad–subsistencia, intimidad –subjetividad, ser corporal, espacial y temporal, apertura y definición, hombre y mujer*. Ahonda en la *dignidad*, vinculada a su carácter intrínseco, irrepetible, insustituible, a su valor absoluto. Se atiende a la *naturaleza* humana (lo común del género humano) como distinta de la *persona* (el ser propio de cada quien), pero no entendidos ambos como dos “coprincipios”.

La Segunda Parte, *La estructura de la persona*, está conformada por seis capítulos, expuestos según el esquema *cuerpo–psique–espíritu*, y son: *el cuerpo, la sensibilidad y tendencias, la afectividad, la inteligencia, la libertad y el yo personal*. La primera, el cuerpo; las tres siguientes se